

LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

Este estudio no tiene otro objeto que exponer en un resumen los métodos de la guerra revolucionaria preconizados por sus más famosos teóricos actuales, entre los que se cuentan en el campo revolucionario los orientales Mao Tse-Tung y Ho-Chi-Min, y en el contrarrevolucionario, los autores franceses, que después de la pérdida de Indochina han estudiado las causas de la derrota con un espíritu crítico y un método verdaderamente notable. La revolución española entre los años 1931 y 1939 constituye también una buena fuente de inspiración en este estudio, cuyo fondo está formado por la doctrina marxista-leninista, desarrollada por los pensadores rusos de estos últimos tiempos.

Al enfrentarnos con el estudio de la guerra revolucionaria, dos primeras preguntas e interrogantes aparecen al iniciar este trabajo. El primero de ellos es: ¿Qué es en realidad una guerra revolucionaria? Siendo el segundo: La guerra revolucionaria, ¿es un hecho nuevo en la Historia o antiguo?

La primera de estas preguntas la podremos contestar diciendo que una guerra revolucionaria es aquella por medio de la cual una minoría trata de imponerse a un pueblo, quitando el mando a los poderes constituídos, por medio de un suministro de razones que les dé las bases a la desobediencia, consiga el control orgánico y, por último, dirija la oposición por medio de las armas. También la podemos definir diciendo que es el conjunto de medios psicológicos, económicos, sociales y militares con los que una minoría trata de desarraigar a un pueblo de las autoridades establecidas y hasta entonces respetadas. En resumen, una guerra revolucionaria es aquella en la que unos pocos tratan de imponerse utilizando medios que políticamente no son normales para alcanzar el poder.

En cuanto a la segunda pregunta, podemos contestar que las guerras revolucionarias son tan antiguas como el mundo, pero que la extensión y métodos alcanzados por las actuales debido a su sistematización y creación

de una teoría de la guerra subversiva, así como a una dirección centralizada de todas ellas, era un fenómeno desconocido, quizá con la excepción de las guerras de independencia de Suramérica, que tuvieron unas características muy parecidas a las actuales.

La guerra revolucionaria necesita en primer lugar un ambiente propicio. Este ambiente puede ser proporcionado por las razones del orden más diverso, pudiendo citar entre otras: Factores económicos, tales como la pobreza general de las poblaciones, bajo nivel de vida, culturales, atraso de educación, religiosas, falta de libertad de conciencia. Disminución del prestigio, derrotas militares, ocupación de la metrópoli por el enemigo. Crisis dinásticas, crisis políticas, administración corrompida, disminución de la eficacia del organismo administrativo, desprestigio de las instituciones armadas, falta de oportunidades de la juventud en las colocaciones e instrucción, colonización absorbente de las riquezas populares, etc., etc. Es decir, que en resumen, sin ambiente apropiado, es muy difícil extender entre los miembros de una sociedad bien constituida y homogénea los gérmenes de una guerra revolucionaria; por ello, y aun a pesar de las difícilísimas circunstancias de la postguerra pasada, fracasó en la mayor parte de los países de la Europa occidental.

Esta cuestión del ambiente es, pues, fundamental para que la subversión sea posible, y constituye la condición *sine qua non* para poder llevar a cabo con éxito una guerra revolucionaria.

La sociedad actual es una sociedad de masas; ésta ahoga el individualismo, contarrevolucionario en sí mismo. La masa es el medio en el que se mueve y actúa el fermento revolucionario con la misma facilidad que el pez nada en el agua. Pero el pez de agua dulce no resiste mucho tiempo en el agua salada, porque no es su medio favorable, del mismo modo la revolución necesita para formarse, propagarse y organizarse de un medio de masa, con unas condiciones de salinidad especiales, tales como pobreza, incultura, falta de perspectivas, nacionalismo naciente, etc. La guerra revolucionaria necesita, pues, de la masa, de ella se alimenta, y mientras no la conquiste, la encuadre y no sea capaz de salir del escalafón minoritario, aunque molesta por representar siempre un germen o un fermento latente, no es peligrosa.

Desde el punto de vista del equilibrio de las fuerzas contendientes, la minoría revolucionaria se presenta siempre como la imagen misma de la debilidad ante la potencia de la todopoderosa, en apariencia, máquina gubernamental. Pero hay que tener en cuenta que la base del poder del Estado

estriba, más que en su fuerza coercitiva y en su organización, en el común concensum, en la tradicional obediencia que la sociedad le presta, y en el universal acatamiento a sus juicios; en una palabra, en el sentir general de que en él está la legalidad y en que todo lo que no procede de él está lo ilegal. Su fuerza, pues, se basa en estas palabras: legalidad, común concensum y respetabilidad.

La manifestación primaria de la guerra revolucionaria consiste en romper este encanto convenciendo a las masas de no existir razones para continuar con tal obediencia, desarraigándola del común concensum.

Desde un punto de vista estratégico, la guerra revolucionaria se caracteriza por no ser posible en ella aplicar el principio del primer objetivo, es decir, aquel que impone la necesidad de destruir la fuerza organizada enemiga mediante la batalla decisiva para imponer así nuestra voluntad. No puede destruirse lo que no existe, y en este caso el ejército enemigo carece de grueso. La destrucción de una partida, más o menos numerosa, apenas si tiene importancia para la continuación de la guerra; su fuerza estriba más bien en esa falta de fuerza organizada, en su desorganización aparente, aunque más bien, como más adelante veremos, se trate de una organización sumamente elástica y vigorosa.

La guerra revolucionaria se caracteriza estratégicamente, pues, por una negación del principio del primero objetivo. Ello es lo que desorienta más a los militares encargados de su represión, ya que ni su formación ni su pensamiento militar está preparado para combatir con eficacia a ese enemigo. Cuando éste, por las circunstancias políticas, consigue organizarse y formar un ejército convencional, como hizo el Gobierno rojo republicano en la guerra civil española, la guerra deja de ser revolucionaria, se crea el primer objetivo sobre el que el enemigo puede descargar sus golpes hasta aniquilarlo.

También desde un punto de vista estratégico, la guerra revolucionaria aprovecha y saca las máximas consecuencias del factor sorpresa, así como de la dispersión de sus objetivos, que son innumerables, pues lo son toda la estructura social vigente.

En el campo logístico, excepto en el suministro de armas y municiones, es la masa la que lo proporciona, pues en la guerra revolucionaria no debe de haber diferencia entre masa y combatiente. No son necesarios, pues, los depósitos, y cuando por las circunstancias de la guerra éstos se hacen indispensables, se hallan diseminados y en el más profundo secreto colectivo.

Esta forma de actuar impele al encargado de la represión al dispositivo

en cordón, con el cual se trata de guardar todo, pero en realidad no se consigue guardar nada. Es la política de los pequeños puestos, de las posiciones, de los *blokcaus*, de la vigilancia de los caminos y trenes, del estacionamiento en las grandes poblaciones. En resumen, es la forma de facilitar al enemigo revolucionario sus acciones de sorpresa. ¿Pero cómo contrarrestarlo si no? La debilidad de la parada gubernamental estriba en que no suele ser más que de tipo militar, y la guerra revolucionaria es una guerra total, en la que la parte militar constituye una de sus fases, que puede no ser la más importante.

En el aspecto táctico, la partida o guerrilla jamás se empeña contra un objetivo que no sabe de antemano que es derrotable. Sus golpes siempre son sobre seguro gracias a una magnífica información suministrada por la masa, en la que debe moverse como el pez en el agua. Además, en caso de error tiene siempre una salida, la retirada oportuna, la huida y, si es preciso, la dispersión de la fuerza, pues en la guerrilla, esta forma de actuar siempre es honorable, nadie debe dejarse matar defendiendo una posición, excepto en circunstancias muy especiales.

En las guerras revolucionarias pueden darse dos grandes tipos: Guerras insurreccionales y guerras subversivas; las primeras suelen tener como fin, bien la expulsión de un enemigo que ha ocupado el país, o la de conseguir la libertad y autodeterminación de una región que quiere independizarse de un poder central o metropolitano.

Las subversivas tienen por fin derrotar y cambiar el régimen político establecido y sustituirlo por otro más radical con bases políticas, sociales o religiosas totalmente diferentes al tradicional.

Las guerras insurreccionales suelen ir mezcladas, respecto a sus objetivos, a las subversivas, y lo ordinario es que aquéllas poco a poco derivan siempre hacia las guerras de tipo subversivo.

Las guerras insurreccionales basan su fuerza en el patriotismo regional • nacional, la mayor parte de las veces mal entendido y de funestas consecuencias.

Las guerras subversivas tienen bases políticas y sociales, e incluso económicas, y suelen ser fruto de la extensión de una nueva doctrina político-filosófica en el cuerpo social de un pueblo.

La conmoción psicológica producida en los espíritus por las guerras insurreccionales suelen ser aprovechadas para atraer a las masas, aun sin darse cuenta, hacia la subversión.

Esta guerra de subversión, cuando es de tipo local, puede ser incluso

aprovechada por el poder central tradicional para sus propios fines políticos, como, por ejemplo, en la guerra de los Hermandiños, de Galicia, de principios, del siglo XV, parece ser fueron fomentadas por Juan II con el fin de terminar con la nobleza gallega, entonces muy rebelde. Otras, como el levantamiento de las Germanías, de Valencia, en el siguiente siglo, tuvo que ser tratada a sangre y fuego, con el fin de que no se extendiese.

Cuando estas guerras subversivas son extensas y pasan de un pueblo a otro, es que son fruto de una nueva filosofía política y suelen contar con un organismo más o menos misterioso o que actúa en la penumbra, que regula, alienta y ayuda a las insurrecciones. Así, la masonería inglesa parece ser que fué la que dirigió el movimiento insurreccional de las provincias ultramarinas del Imperio español contra el Gobierno de Fernando VII, bajo la base de establecer democracias locales allí donde era tradicional el absolutismo paternal, no tiránico ni mucho menos.

Los movimientos insurreccionales subversivos que hoy día conmueven al Imperio francés y a otras potencias coloniales tiene indudable base comunista y están orquestadas por la política del Kremlin.

Hace, pues, falta para estos grandes movimientos insurreccionales bases políticas y director de orquesta, pues ellas solas terminarían por perderse en sí mismas ante el caos producido y el cansancio consiguiente de las masas.

Así, las insurrecciones cubanas de finales del siglo pasado contra España tuvieron bases democráticas, patrióticas y dirección norteamericana. Nunca falta en ellas el director exterior. La insurrección de los moriscos de las Alpujarras, en tiempo de nuestro rey Felipe II, tuvo bases culturales, políticas y religiosas, con aliento y dirección turca. Los ejemplos pueden prolongarse hasta el infinito.

La diferencia entre las guerras subversivas antiguas y las que hoy día se extienden por el mundo estriba principalmente en existir actualmente una doctrina bien sentada de este tipo de guerra, y en contar con una serie de individuos adiestrados en esta clase de conflictos, que marcan las fases o rutas de las acciones para que confluyan hacia un fin, el triunfo de la revolución y la implantación del comunismo, además de unos medios técnicos de propaganda, difusión y enlace inexistentes hasta ahora.

LOS MÉTODOS DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

El verdadero peligro que representa la guerra revolucionaria estriba en el manejo de ciertos resortes que no pueden manejarse de ordinario en las guerras de tipo convencional. Estos resortes tienen un solo origen: la masa; de ella saca la revolución su tremenda fuerza; sin ella no es posible la subversión. El primer cuidado, pues, de la dirección de la guerra revolucionaria consistirá en la conquista de la población y la siembra en ella de una convicción ideológica. De estos dos postulados se derivan los métodos de la guerra revolucionaria. Este método consta de dos grandes apartados: la conquista de la masa y la de su organización.

La conquista de las masas.

Estas son generalmente neutras, lo único que quieren es vivir, sin preocuparse de más. El primer cuidado será, pues, sacar a la masa de su indiferencia; ello se consigue por medio de dos acciones de signo diferente: positivas y negativas, es decir, con dos clases de técnicas: unas destructivas, que separan a la masa poco a poco de la obediencia habitual a los poderes tradicionales constituidos; otra constructiva, que organice al cuerpo social y lo encuadre en nuevos principios orgánicos, sociales, de naturaleza política y moral totalmente diferentes a los que hasta ahora tuvo.

Pasemos a estudiar estos dos tipos de técnica.

Técnica negativa.

Su fin primario es la segregación material y psicológica de los individuos y las masas de su subordinación a las autoridades tradicionales. No sólo se trata de separar de la obediencia a los cuerpos, sino también a los corazones. Para ello se emplearán las fisuras que toda sociedad presenta, introduciendo cuñas que las agrande, hasta convertirlas en heridas incurables. Las contradicciones internas serán las primeras aprovechadas para este fin.

Su realización práctica se efectuará por medio de la «dislocación». Esta consiste en ahondar por todos los medios las fisuras que separan a los diferentes estamentos que forman una sociedad dada. En términos revolucionarios, ello constituye la lucha de clases. Delimitar los campos de unas y otras, que se miren con prevención al principio, con odio después y que, por último, se destruyan, es el fin de la dislocación. Llevar a la masa la conciencia de la lucha de clases es la primera faena de la técnica negativa revo-

lucionaria. La dislocación también se vale de los medios intelectuales del país, atrayéndoselos a la causa, especialmente a ciertos destacados catedráticos y profesores que sirven, a su vez, de cebo para producir disturbios estudiantiles, siempre muy peligrosos, debido a la fogosidad propia de la juventud y el peligro de vulnerar a cada paso los fueros universitarios, hecho que, a su vez, es aprovechado para atizar más la discordia.

En resumen, las cuñas hay que clavarlas cada vez más hondo en las fisuras sociales, hasta que se hagan heridas, y una vez abiertas éstas, no dejarlas cerrar hasta que sobrevenga la gangrena, para que los miembros se caigan por sí solos o mediante una pequeña operación. A veces la revolución llega solamente con la dislocación, como sucedió en España el año 1931 con la II República.

Pero la dislocación no basta; es preciso reforzarla y completarla con la intimidación. Esta consiste en asustar a los tímidos, conmover a los indiferentes y provocar a los resistentes hasta conseguir que todo el cuerpo social entre en un ambiente sucesivo de alarma, miedo y terror, que impida la reacción *enérgica* y viril ante lo que se considera irremediable.

Como siempre, será el manejo hábil de las masas o de minorías de ésta, bien adiestradas, la base principal de la intimidación: los desfiles monstruosos, provocadores; los motines y algaradas populares por cuestiones nimias; los incidentes callejeros individuales y colectivos. El lucimiento de insignias o distintivos proclamadores de una actitud ofensiva hacia lo establecido. Provocaciones religiosas. Ridiculización pública de ceremonias tradicionales. Paralización del tráfico urbano, etc., se cuentan entre las intimidaciones que podemos calificar de incruentas, pero que consiguen llevar al ánimo de la población a un alto grado de nerviosismo, que facilite otras etapas más avanzadas de la subversión. Otro tipo de intimidación más activa consiste en el terrorismo sistemático y los sabotajes. El primero de ellos ha de ir canalizado hacia figuras representativas del régimen que se desea disolver. Al asesinar a un banquero, un industrial, un granjero o un político determinado, no se trata del hecho en sí de suprimir a un individuo determinado, sino de sembrar la alarma en su grupo y ablandar las voluntades; en último término se persigue poner al grupo a la defensiva o instigarle a la huida. De esta forma los pilares de la estructura social se conmueven, y ésta, al verse sin sus puntos de apoyo y conductores normales, es fácil de disolver.

Este también es el fin de los sabotajes. La destrucción de unos depósitos de cereales o el incendio de cosechas tiene como fin exasperar a los agricultores y dificultar el cobro de los impuestos. Los sabotajes ferroviarios van

dirigidos hacia algo tan vital como son para la vida de un país las comunicaciones, no con el fin de detener o destruir tal tren, sino para que la sociedad desconfíe de su seguridad y se disminuyan los envíos y viajes, debilitando indirectamente a la economía, lo que a su vez redundará al aumento de descontentos en donde hacer futuros afiliados.

El hostigamiento a los organismos gubernamentales encargados del mantenimiento del orden, tales como funcionarios y policías, es otra de las tácticas más eficaces de la intimidación, pues se les coloca ante una inseguridad constante, terminan por creerse mal empleados y sin apoyo decidido gubernamental, al fin se encierran en sí mismos, dejando las manos libres a los provocadores y terroristas, que obran cada vez con mayor impunidad, provocando con ello el desligar cada vez más a la masa del Gobierno.

La consecuencia que se pretende obtener con la dislocación e intimidación es la desmoralización de los neutros e indiferentes y la eliminación de los fuertes y recalcitrantes.

La desmoralización se persigue para obtener la descomposición de los medios políticos y militares del adversario, por medio de la negación del éxito, ampliación en gran escala de los fracasos, siembra del escepticismo sobre la justicia de la causa que se defiende, así como de la buena fe de los dirigentes. De esta forma se consigue suprimir en los agentes las razones para obrar, o al menos hacerles dudar de las razones de por qué lo hacen. Todo ello encaminado a disolver la herramienta de la represión.

La impregnación de los neutros, que son siempre la mayoría, forma parte consustancial de la labor de desmoralización. A los neutros indiferentes se les debe dar toda clase de justificaciones sobre la conducta adoptada. Lo que se persigue con ello es la obtención de una de estas dos actitudes, la captación o el mantenerlos apartados de la lucha hasta que llegue el momento en que su caso pueda ser decidido, que llegará desde la asimilación a la supresión física.

La eliminación es otra arma, y por cierto la más definitiva, de la técnica destructiva de la revolución. Se elimina a todo el recalcitrante o enemigo cuyas ideas sobre la situación puedan impedir el desarrollo de la subversión. Pero esto no será tan fácil y habrá que esperar a que el ambiente sea lo suficientemente favorable.

Pero la eliminación completa del enemigo recalcitrante no es cosa que se pueda llevar a cabo desde el primer momento; hay que esperar a que las condiciones se muestren muy favorables, para emprender las batallas de aniquilamiento, consistentes en la liquidación física, deportaciones en masa,

asesinatos colectivos, etc., de grandes sectores de la población. Para poder llegar a estos extremos el cuerpo social tiene que estar suficientemente ablandado y desmoralizado para que no reaccione, y eso solamente se consigue en las fases finales de la misma.

Técnica positiva.

En la guerra revolucionaria no se puede perder nunca de vista que su fuerza estriba en la masa, y a ésta, además de separarla física y anímicamente de los poderes constituídos, hay que organizarla y encuadrarla, pues si no tardaría en caer en su indiferencia habitual.

El primer elemento humano de la técnica constructiva revolucionaria la constituye el agitador. No se trata de individuos elegidos al azar, sino, por el contrario, de destacadas personalidades, salidas generalmente del ambiente de la masa y profundos conocedores de su psicología y reacciones, unas veces tienen le carácter de apóstoles; otras, de furiosos, pero siempre la astucia y el conocimiento de lo que se espera de ellos y los medios que tienen que poner en juego es la base de su acción. No se suelen encontrar entre ellos figuras humanas despreciables, ni mucho menos, sino estampas negativas de santos y héroes, o por lo menos de hombres valientes. A partir de este fermento inicial, la revolución formará las bases de la estructuración revolucionaria. Al lado del agitador obran los activistas de muy variados tipos, que va desde el dirigente, propagandistas, oradores, especialistas en determinadas labores, hasta el terrorista. El trabajo de todo este conjunto de activistas deberá tener por fin conseguir en la masa simpatizantes, colaboradores, voluntarios y militantes, todo ello con el objetivo final de conseguir un encuadramiento de la sociedad, independiente de sus pilares y jefes tradicionales.

Lo mismo que sucede en el organismo humano con la acción de agentes patógenos productores de graves enfermedades, es preciso que en el cuerpo social se lleve a cabo la siembra del virus revolucionario y después la impregnación.

La siembra quizá sea el hecho más difícil de conseguir; para ella se utilizarán a los miembros más activos y mejor formados en la técnica revolucionaria, es decir, a los agitadores. Su papel consistirá en crear focos y, a su vez, adiestrar a los captados convirtiéndoles en activistas para que la reacción conseguida pueda ser en cadena y no limitada a un determinado sector.

El activista constituye, pues, el segundo elemento en importancia, tanto en la fase de impregnación o siembra como en la estructuración de la sociedad revolucionaria. Los comités deben de estar formados en la mayor parte de los casos por activistas.

El tercer grado en la jerarquía revolucionaria lo constituye el militante. Este debe compartir sus actividades revolucionarias con las profesionales, y es quizá en ello en lo que basa su fuerza, pues de esta forma vive en el seno de un cierto grupo social, pudiendo ser el encargado de dirigirlo y controlarlo. El militante tiene su papel especialmente en la fase de impregnación. Es el encargado de mantener activo el estado revolucionario dentro del cuadro social a que pertenece. Los militantes deben ser los más numerosos dentro del cuerpo social revolucionario. Es, pues, preciso adiestrarlos debidamente, y ello se consigue por medio de cursillos, escuelas, reuniones, etcétera para que puedan comprender lo que el partido espera de ellos y conocer la doctrina oficial del mismo sin consentir desviacionismos ni interpretaciones particulares.

Formado así el aparato revolucionario, no sin gran trabajo y numerosos sacrificios de todo orden, la masa está preparada para entrar en la fase de encuadramiento. Ello le impedirá caer en su indiferencia habitual, manteniendo los espíritus tensos y propicios.

A la masa hay que organizarla para que esté encuadrada. La organización de ésta es lo único que convertirá a esta masa en un instrumento dócil y apto para la guerra revolucionaria. El sistema que hasta ahora han seguido los revolucionarios actuales es el llamado de «jerarquías paralelas». La base de su poder estriba en encadenar al individuo a varias redes jerárquicas independientes. Estas diversas jerarquías suelen ser de la naturaleza más variada, y hasta al parecer absurda, pero cuyo fin es siempre el mismo: controlar y formar al individuo en el credo revolucionario, servirse de él para sus propios fines e investigar sus acciones de tal forma que el individuo se sienta acorralado y no tenga más remedio que actuar en la dirección impuesta por el partido. Esto se consigue la mayor parte de las veces sin que el propio ser se dé cuenta de ello.

Hay una primera organización, que podemos llamar municipal, que va desde la familia, la manzana, el barrio, el pueblo o la ciudad, etc. A ella pertenecen los famosos comités de vecinos. Esta red jerárquica tiene suma importancia en el control de la vida habitual de las personas llegando a convencerse de que cien ojos vigilan sus pasos.

Otras jerarquías dividen a la población con otros criterios. El primero

y más sencillo es el profesional, cuya principal representación son los sindicatos obreros.

También se divide a la población según el sexo y edad; por ejemplo, fundando asociaciones de madres de familia, de juventudes, de pioneros, niños, de veteranos, etc. También las asociaciones deportivas, de músicos, de artistas culturales, en fin, los pretextos de encuadramiento son innumerables, todos ellos independientes totalmente unos de otros. Lo esencial es que nadie se escape a este encuadramiento y que la jerarquía local sea envuelta por una segunda, y ésta por una tercera, que vigilará a la anterior y ésta a aquélla, estando, a su vez, todas ellas vigiladas por el partido que las engloba, con el fin de que ninguna salga de la línea marcada y que todas las acciones concurren al mismo fin. El individuo envuelto en una red de mallas tan estrechas sucumbe ante la coacción al contemplar que no tiene la menor probabilidad de conservar su independencia.

Conseguido esto, el sistema de jerarquías paralelas, entrega así a los individuos a la discreción del poder revolucionario. Facilita el empleo de técnicas psicológicas, que se aplican mucho más fácilmente sobre categorías homogéneas de grupos humanos. Con ello la conquista y el control de las personas físicas quedará conseguido. Todavía quedará una labor: la de la conquista de los pensamientos y corazones.

La conquista del pensamiento.

La intimidación y el encuadramiento no bastan. La técnica revolucionaria positiva no debe descansar hasta haber atraído de corazón a los individuos para que su colaboración sea total y sin reservas mentales. Hay que formar a los simpatizantes, de los que después pueden salir los militantes, activistas y guerrilleros. Hay que conseguir una convicción ideológica; sin ella, el aparato revolucionario, por muy bien organizado que esté, puede flaquear al no ser su moral robusta. El robustecimiento de la moral propia y el debilitamiento de la contraria es uno de los fines que se persigue con más tesón en la guerra revolucionaria.

El primer cuidado de la propaganda revolucionaria es hacer saber a las masas e individuos los motivos de la lucha que se emprende, es decir, el porqué y para qué de los sacrificios que se le piden.

Dado que la inmensa mayoría de las masas se trata de gentes sencillas, con escasa cultura o más bien ninguna, las razones a exponer deben ser sencillas, de fácil comprensión y, sobre todo, que represente un beneficio in-

mediato para ella. Esto se conseguirá por medio de «slogan» que encierran estas ideas simplistas, tales como: «Mueran los ricos», «las tierras, para el que las trabaja», «reparto de las riquezas», «el obrero es el oro del pueblo», «el capitalista o el patrono es un explotador», o bien, si se trata de países coloniales o semicoloniales, la exaltación del patriotismo local es otro de los temas favoritos: «Mueran los opresores», «que se marchen los extranjeros», «queremos ser dueños de nuestros destinos», etc., etc. Hay «slogans» de todos los tipos, que no es el caso de transcribirlos, pero no se crea que por tontos que parezcan a las personas cultas, no dejan de tener su influencia en las masas populares, antes al contrario, constituyen el punto de partida de la formación ideológica; hay personas de mentalidad tan simple y poco complicada que les basta estas expresiones para inclinarse en una determinada dirección política. Después vienen las conferencias, cursos de información, mítines, en los que los militantes orientan las reacciones del alma colectiva de la muchedumbre. También las discusiones dirigidas, llevadas a cabo por especialistas que, conocedores de la psicología popular, saben llevar las cosas a su campo, y así como saber hacer encontrar a su auditorio la idea que quieren sugerir.

Otro instrumento de propaganda suelen ser las reuniones de tipo cultural; con ellas se quiere dar una sensación de preocupación revolucionaria por el aumento de la cultura popular, pero en realidad se trata de un arma más de la propaganda. Funciones teatrales y de determinadas películas de propaganda. Reuniones o fiestas folklóricas, a la que tan sensibles suelen ser todos los pueblos, sobre todo los atrasados; folletos, programas de radio, escuelas nocturnas, reuniones deportivas, excursiones, campamento de pioneros, todo sirve para ir formando el alma popular y separarla de sus autoridades tradicionales.

Los bulos y los falsos rumores constituyen también un arma eficacísima, sobre todo cuando se lanzan en determinados momentos psicológicos. Los bulos se suelen basar en algún hecho o suceso verdadero, al cual se le da una interpretación falsa, o se le presupone unas consecuencias que están muy lejos de la verdad, y aun en contra del propio sentido común. También hay bulos de bases completamente falsas, que generalmente están dirigidos para excitar a las masas simples contra determinados sectores sociales, que se consideran antirrevolucionarios, como fué en el siglo pasado el rumor sobre el envenenamiento de las fuentes públicas por los frailes, que dió origen a la matanza del año 1834, o el de los caramelos envenenados del año 1936.

El hulo es un arma psicológica de extraordinarios alcances, especialmente en un momento psicológico o en un estado de tensión popular. Hay que añadir que puede constituir un arma de dos filos, pues si la masa se acostumbra a él y comprueba su falta de fundamento, termina por tomarlo como tema de chiste y acaba por tomarlo a broma, hecho fatal para la propaganda revolucionaria, pues supone una pérdida de prestigio popular.

Las manifestaciones monstruo constituyen otra arma importante de la propaganda, alcanzándose con ellas dos fines bien distintos. El primero es el ser una prueba de fuerza y de organización de las masas, aumentando con ello extraordinariamente su confianza en sí misma, pues se contempla reunida, con esa sensación de fuerza que da siempre la concentración. Además, puede aprovecharse de estas reuniones para que o bien por medio de altavoces o por oradores esparcidos entre ella, se excite y enfervorice a la masa, repitiendo constantemente «slogans» amenazadores. El segundo efecto consiste en intimidar al contrario, pues no hay cosa que más encoja el ánimo que contemplar a una multitud pidiendo a gritos desaforados una cabeza, o unos derechos, cualquiera que éstos sean. Solamente el que ha tenido la oportunidad de contemplar alguno de estos desfiles sabe el horror que experimenta aquel que es de las ideas contrarias a los manifestantes.

Una de las necesidades que tiene la propaganda revolucionaria es la constancia, es un tipo de propaganda que no admite respiro ni solución de continuidad, pues es preciso a las multitudes conmover primeramente sus ideas pacíficas tradicionales, irlos atrayendo poco a poco al campo de la revolución, suministrándole las razones necesarias, enfrentarla en la siguiente fase con las autoridades tradicionales y, por último, excitarlas contra ellas y mantener este grado de excitación hasta conseguir lanzarla a la rebelión abierta o solapada. Por ello no cabe pausas, pues la masa caería en su indiferencia habitual y habría que comenzar de nuevo, pudiéndola encontrar fatigada o falta de suficientes estímulos o hasta escarmentada.

La acción directa.

Consiste ésta en la revolución armada llevada a cabo contra los poderes constituidos, por medio de los atentados primero, por la acción de las guerrillas después, y por último, por la formación y actuación del ejército popular. En resumen, la acción directa estriba en el alzamiento en armas de la población contra los elementos de la represión gubernamental.

La acción directa exige una serie de condiciones, siendo la primera la

captación de la masa hacia la causa revolucionaria, así como haber conseguido también su encuadramiento. Los atentados, fase inicial de la acción directa, no exige esta condición, aunque para que surtan efectos de intimidación necesitan también una cierta preparación de la masa.

La acción guerrillera, es decir, el levantamiento de partidas, necesita y hace indispensable una captación casi total de la masa y de los individuos. Sin el apoyo popular, la actuación de las partidas se hace imposible. Estas deben de contar con magnífica información, y ésta sólo se la puede proporcionar el pueblo, en el seno del cual vive, se aprovisiona y se oculta cuando es preciso. También debe de contar con el secreto colectivo, y para ello la masa tiene que estar unida de corazón a la revolución y encuadrada por sus dirigentes.

Pero las partidas no pueden actuar ni levantarse en todo el país. En éste existen siempre regiones con características especiales que facilitan la acción de ellas. Estas regiones son las que forman las «zonas base», en donde la revolución encuentra su punto de partida del alzamiento en armas, y en donde encuentra un área apropiada para izar en ella la bandera de la revolución y formar más adelante el Gobierno revolucionario con sede en territorio nacional.

La zona base, pues, necesita unas características determinadas, tanto desde un punto estratégico como desde un punto de vista político. En ella, la revolución tiene necesariamente que contar con simpatizantes en todos lados, lo que exige que ésta posea una estructura social apta para la captación revolucionaria. Por otra parte, el terreno debe contar con numerosas montañas o bosques espesos, que facilite la acción de las guerrillas. Así, por ejemplo, en la revolución española de 1936 Asturias constituía la zona base ideal de la revolución. El hecho de ser la zona minera más potente de España, reunía allí a una población minera cuya dureza tradicional de vida facilitaba la acción subversiva y la captación revolucionaria. El hombre formado en ese ambiente de dureza y peligroso oficio reunía unas características físicas y morales que hacían de él un magnífico guerrillero, una vez captado se convertía en un peligrosísimo enemigo. La naturaleza montañosa y aislada de la región facilitaba extraordinariamente la lucha de guerrillas, emboscadas, etc. El hecho de tener puertos numerosos en el Cantábrico facilitaba la expedición de armas desde el exterior. En resumen, Asturias fué la zona base más peligrosa y dura de la revolución, cuya total pacificación no se ha conseguido hasta hace muy poco.

Cataluña también fué elegida como zona base; las características de

ésta son bastante diferentes a la asturiana. En primer lugar, su gran industria ponía a disposición de los dirigentes una masa obrera fácil de controlar y seducir. El fomento del regionalismo, que en todo el Mediterráneo existe como una supervivencia de las ciudades-estados de la antigüedad, de enorme raigambre mediterránea, produce el fenómeno del mal llamado catalanismo, que en realidad debía llamarse barcelonismo, pues es la gran ciudad la cabeza visible y la razón de ser de la ciudad-estado, en ciernes siempre en el subconsciente mediterráneo, fenómeno que se da en todas las naciones con costas en este mar. Pues bien, todas estas razones, unidas a otras que no citamos, por ejemplo, la proximidad a Francia, hace de Cataluña otra zona base, aunque no tan peligrosa como lo fué la asturiana.

En la actual guerra de Argelia la zona base del alzamiento es Kabilia, debido a las especiales condiciones del terreno, que lo convierten en una Asturias argelina, así como por su proximidad a la frontera de Túnez.

En las zonas base suele formarse y actuar el primer Gobierno revolucionario, con las consecuencias políticas internacionales de todo orden, pues en el extranjero siempre encontrará naciones simpatizantes o enemigas del Gobierno legal que apoyen franca o encubiertamente la subversión; por ello es primordial para la extensión del conflicto armado contar con una buena zona base.

Cuando en 1946 intentaron entrar en España numerosas partidas revolucionarias desde Francia, trataron de establecerse en el valle de Arán, por quedar éste aislado por las nieves durante gran parte del año, con el fin de izar en territorio español la bandera de la revolución y dar la sensación en el extranjero de ocupación de parte del territorio nacional.

La reacción del ejército popular es la última fase de la lucha armada; éste sólo podrá formarse cuando la contienda esté prácticamente decidida, y su acción deberá ser ya sobre seguro, pues un revés del mismo podría traer consecuencias políticas nefastas para la causa revolucionaria; el ejército popular se formará con las guerrillas. En caso de derrota, hecho frecuente en este tipo de guerra, habrá que volver a ellas, como sucedió en Cuba en 1897, cuando el general Weyler terminó con el ejército de Maceo en Pinar del Río. El paso del sistema de guerrillas al del ejército popular es el más decisivo y peligroso de la guerra revolucionaria, no debiéndose recurrir a él más que cuando el órgano de represión esté quebrantado por las pérdidas, la falta de apoyo moral o la lejanía que dificulte los refuerzos.

ENRIQUE MANERA.